

El misterio del pueblo de Wundug

Raul Soria

Image not found.

Capítulo 1

El misterio del pueblo de Wundug

Comenzó hace un mes aproximadamente.

Nadie supo por qué, y nadie sabe todavía por qué. Existen sospechas, pero nada que pueda ayudar a develar el misterio. Lo único concreto es que aún no termina.

Pareciera que todo inició con el horrible crimen de esa joven que además fue violada. Eloise era su nombre. Si bien el violador fue detenido y encarcelado casi inmediatamente, poco más de una semana después comenzaron a aparecer muertos en el pueblo.

El primero fue el borracho característico que tiene todo pueblo. Acostumbrado como estaba a deambular toda la noche hasta el amanecer, a nadie le sorprendió encontrarlo sin vida una fría mañana de invierno. Lo que si sorprendió era *la forma* en que había muerto. Estaba atrozmente golpeado y torturado, sin ropa y con un pedazo de tela amarilla con florecillas rojas en la boca. Había sido golpeado con una furia asesina hasta matarlo.

Se comenzó la investigación respectiva pero no se llegó a ninguna conclusión aún. No había huellas digitales sobre el cuerpo, ni se sospechaba de nadie pues el borracho, a pesar de ser borracho, no tenía enemigos en el pueblo. Otra cosa que llamo la atención de los investigadores era que había señales de una lucha intensa en el mismo lugar donde fue encontrado, ergo, el asesinato se había cometido en ese lugar lo cual hacía incomprendible que nadie hubiese escuchado una lucha tan desesperada en medio del silencio de la noche.

Una semana más tarde se encontró en las afueras del pueblo otro cuerpo en las mismas condiciones. Esta vez se trataba de uno de los pordioseros del lugar. Acostumbraba a vivir de limosnas o de algún trabajo ocasional que pudiera conseguir. No molestaba a nadie, ni era molestado por nadie. Estaba brutalmente golpeado, desnudo, el cuerpo lleno de golpes y rasguños. Y con el trozo de tela de florecillas en la boca.

Se descubrieron patrones comunes con el asesinato anterior además del trozo de tela. Los golpes y sobre todos los rasguños eran casi exactamente los mismos en ambos casos. No es que fueran hechos de forma metódica, sino que daba la impresión de haber sido hechos al calor de la lucha pues el pordiosero también había luchado desesperadamente por su vida. Lo que asombraba y desconcertaba era que eran casi

exactamente iguales en ambos cuerpos.

La conmoción en el pueblo fue enorme. Teníamos pues, un asesino en serie.

En un pueblo pequeño como el de Wundug esto era algo totalmente inusual. La última conmoción similar fue el caso sin resolver de la violación y asesinato de una adolescente hace 30 años atrás. Después de eso no se repitieron actos de violencia de ese género. Era un pueblo muy tranquilo.

Por alguna razón comenzó a sospecharse de los familiares de la joven recientemente asesinada. La policía creía que por la violencia que presentaban los cuerpos, era factible que el asesino contara con un cómplice o varios. Entonces se pensó que tal vez los familiares buscaban vengarse de otros presuntos cómplices del violador arrestado. Sin embargo, nada pudo probarse, los familiares de la víctima estaban como se dice *limpios*, aunque no fueron descartados del todo por la policía.

Por supuesto que todos estos datos llegaban a mí de segunda mano, pues los obtenía a través de mi hermano (que vivía conmigo en las afueras del pueblo) y que era policía. Él solía comentarme algunos detalles del caso, aunque no los esenciales, pues obviamente era una investigación en curso. Sin embargo, por algún motivo que nunca quiso revelarme, el caso lo afectaba sobremanera. No atinaba yo a saber por qué, pues era un tipo muy duro y él nunca me lo dijo, pero en más de una ocasión lo encontré sentado, pensativo mirando al vacío, como desconcertado.

El pueblo entró en una histeria colectiva como suele suceder en estos casos. Se dispuso que los policías del destacamento patrullaran todas las calles durante la noche para intentar dar con el asesino si es que éste tenía el atrevimiento de volver a atacar a alguien.

Pasaron tres semanas sin que hubiera novedad alguna sobre nuevos ataques. Parecía que la movilización policial había finalmente disuadido al agresor a huir del pueblo, o bien a pensarlo dos veces antes de atacar si es que todavía estaba entre nosotros.

El siguiente golpe fue totalmente inesperado y sorpresivo. Ocurrió al atardecer, cuando el sol declinaba ya en el horizonte, pero todavía con muchos transeúntes en las calles. Esta vez fue el médico del pueblo, una persona sumamente respetable, la que fue atacada siempre con las mismas características, y siempre con el trozo de tela en la boca. La policía estaba absolutamente desconcertada pues no había conexión aparente entre las víctimas.

Esta vez sí hubo un testigo, pero su testimonio más que ayudar confundió todavía más la situación. Fue un niño de 5 años el que casualmente

jugaba en la entrada del callejón donde iba caminando el doctor a ver a un paciente. El niño dijo que vio como algo levantaba al doctor del suelo, y lo sacudía y golpeaba violentamente hasta arrancarle toda la ropa. No pudo ver al agresor pues se interponía el cuerpo del doctor. Ante tal acto de violencia el susto lo hizo salir corriendo sin ver más. Él fue el que entre balbuceos dio aviso a un policía que estaba cerca. A pesar de la rapidez con que llegó éste al lugar no encontró más que el docto cadáver.

Puede decirse que, en cierto sentido, el testimonio del niño redireccionó la búsqueda. El hecho de que el doctor fuera sacudido y golpeado violentamente hasta quedar desnudo era algo sumamente sorprendente, y en todo caso solo podía atribuirse esta acción a alguien de gran fuerza física, por lo que comenzó a buscarse a individuos de gran porte.

La tela amarilla con florecillas rojas que se encontró en todos los casos en las bocas de las víctimas también tenía sus particularidades. Parecía ser muy antigua, enmohecida, sucia con tierra, como si hubiese estado enterrada, y tenía ciertamente olor a descomposición, aunque no de las recientes víctimas.

También se barajó la posibilidad de que fuera una mujer, o varias, las autoras de estos ataques ya que solo eran hombres las víctimas, pero había demasiados elementos en contra para que se tome en cuenta seriamente esta hipótesis.

Ante esta situación los hombres optaron por moverse en grupos, o por lo menos de a dos y nunca solos. Ya fuera que se dirigiesen al trabajo o por las noches, ya no se veía hombres solos, sino acompañados y asustados.

En los días siguientes fueron encontrados tres cuerpos más, con las mismas características. Pero sin huellas, ni rastros ni testigos. Un abogado, un trabajador del campo y un periodista del modesto diario del pueblo.

El siguiente asesinato demostró que las cosas estaban ya absolutamente fuera de control. Dos policías, de los que realizaban la ronda nocturna fueron atacados. Uno de ellos murió de forma instantánea a causa del ataque. El otro sobrevivió, aunque solo unos minutos gracias a que otro policía lo escuchó gritar y acudió casi de inmediato. Lo único que atinó a decir es que "sus pies se movían como en el aire, se abrían y se cerraban". Y expiró. ¿Alucinación de un moribundo? En cualquier caso, no se tomó esto en serio.

Ante esta situación, había adoptado yo la costumbre, como la mayoría de los hombres del pueblo, de nunca salir solo. Siempre lo hacía con uno o varios amigos, o con mi hermano. Esta noche habíamos salido varios y volvíamos a la madrugada caminando hacia nuestras casas por las casi desiertas calles. Acompañábamos a cada uno a su respectiva casa como

habíamos convenido por seguridad. Los últimos del grupo éramos mi hermano y yo.

Habíamos desviado por el oscuro camino de tierra que pasaba enfrente de nuestra casa y que comunicaba con el pueblo, hablando sobre los asesinatos en serie, y me dijo que, aunque la mayoría del pueblo no lo sabía, las víctimas todas habían cometido en el pasado algún tipo de abuso menor o violación contra mujeres en otras ciudades. Luego, me contó una historia extraña.

Unas noches antes volvía él de trabajar, solo y casi a medianoche (se ufanaba usualmente ante nosotros de que podía caminar solo pues a él nada le ocurriría), cuando vio en las vías que están camino de casa una mujer que caminaba delante de él. Le pareció sumamente raro ver a una mujer en aquel lugar solitario. La luna brillaba intensamente esa fría noche de invierno. Después de un rato de observarla a la distancia, creyó reconocer, por una característica particular que no me reveló, a su antigua novia de la adolescencia, una joven desaparecida hace muchos años.

Sorprendido la llamó por su nombre. Ella no se dio vuelta y siguió avanzando siempre guardando la misma distancia. Comenzó pues a correr por detrás hasta que finalmente la alcanzó. Intentó asirla del brazo, pero su mano agarró el vacío. Asombrado y aturdido retrocedió, no obstante, la mujer siguió en la misma posición, dándole la espalda, inmóvil. Después de unos segundos la rodeo y vio que era efectivamente su novia de la adolescencia, pero con las mismas facciones que hace 30 años atrás, no había envejecido. Ella lo miraba atentamente. Tenía el cabello largo y negro sobre el rostro, y llevaba el mismo vestido que el día en que desapareció. El la miró de la cabeza a los pies, incrédulo de lo que tenía enfrente.

Cuando observo sus pies sin embargo el horror más profundo se apoderó de él. Sus pies estaban en el aire, y movía las puntas de éstos hacia afuera y hacia adentro, acompasadamente. Retrocedió él horrorizado ante lo atroz de la escena, sin embargo, ella se acercó, flotaba en el aire moviendo sus pies de esa forma atroz. Miró a su rostro y vio que ella lo miraba con infinita dulzura y tristeza. A pesar de lo espantoso de la situación eso lo tranquilizó, pues él nunca había dejado de amarla.

Ella le dijo que había vuelto para finalmente descansar en paz y para despedirse, por lo que le pedía que fuera a su tumba esta noche.

Creo que mi hermano me contó esto para probar si yo le creía o por lo menos para cerciorarse de que no estaba enloqueciendo. No hablamos más el resto del camino, cada uno sumido en sus propios sombríos pensamientos.

Una vez en el frente de nuestro hogar, mi hermano me pidió que no lo acompañara, él debía hacer esto solo, y siguió en dirección al cementerio. Entré atravesando el extenso jardín hasta llegar a la galería baja que tenía nuestra casa en su frente. Caminaba con la vista baja, pensativo y ciertamente angustiado por lo que me había contado esta noche.

Llegando cerca de la galería un rumor en el techo de ésta (era un techo de chapa) me hizo levantar repentinamente la vista.

Casi a medio metro de mi cara dos pies blancos como el mármol se balanceaban suavemente como suele hacerlo uno cuando es niño y está sentado en algo demasiado alto. Quedé paralizado por lo sorprendente y extraño de la situación. De repente los pies también se detuvieron, y comenzaron un movimiento que me aterró: fijos los talones, las puntas de los pies comenzaron a moverse hacia afuera y hacia adentro regularmente.

Cuando levanté la vista, pude ver quien era. El largo cabello negro dejaba entrever un rostro blanco como la cera, sonreía mostrando una sonrisa desproporcionadamente amplia y una larga hilera de dientes refulgentes. ¡Pero sus ojos! Esos ojos absolutamente blancos que casi brillaban a través del negro cabello me miraban en el silencio de la noche, casi disfrutando de lo que estaba por venir.

Y en milésimas de segundos lo comprendí todo.

Supe que su venganza al fin me había alcanzado. Supe que era yo el culpable de la serie de asesinatos que azotaba a los hombres del pueblo pues era ella quien los estaba matando. Que, por algún extraño motivo, la reciente muerte y violación de la joven Eloise, despertó la furia de viejas almas inocentes arruinadas que clamaban compensación. Una fuerza cósmica había despertado de los infiernos esta furia vengadora cuyo heraldo era alguien que yo conocía y que ahora me miraba y sonreía en forma demoníaca.

Finalmente reparé en su vestido. Un vestido amarillo con florecillas rojas, un vestido que yo recordaba muy bien, de aquel día en que se lo arranqué para violarla y asesinarla mientras sus pies se agitaban convulsamente hacia adentro y hacia afuera, por haber elegido a mi hermano y no a mí.